

## I

Futuro incierto,  
todo es colmado de la palabra única,  
los barrios populares,  
las casas ajenas y los sitios anónimos,  
que suena fecunda gota de lluvia  
si su cadencia asume la dimensión de los metales.  
Quiero traer su nombre desde el pudor de la conciencia  
ahora que ha sido violentada.  
Nombrarla adolescente parecía fácil:  
era la de retas cadenas y los verdes laureles  
que nos cubría con su magia lúcida.  
Hoy la encontramos como un signo hermético  
oculto detrás de las metáforas.  
¿Quién profanó su médula  
para alterar lo esencial del contenido?  
Estamos los puros y los justos  
pero todos con las manos manchadas.  
Entonces sólo queda la senda del olvido  
para recorrerla juntos poco a poco  
pero ay de quien lo cueve la ansiedad del deseo.

## II

El cielo,  
el cielo azul y profundo  
desplomado sobre la tierra parda,  
herido de luz al mediodía,  
antiguo en soledad de las alturas,  
abrazado del rumor oscilante de los bosques.  
La montaña,  
la montaña cortada por el tiempo y empinada al viento  
con sus nieves colientes desgarradas de auroras  
despeñadas de vida a la llanura.  
Un hombre,  
un hombre está caído que huele a siembra,  
el de venas oscuras con la lanza a su lado  
y las pupilas perplejas de silencio.  
Las aves de rapina devoraron su entraña.  
Luego los camaradas que quedaron lejos,  
montañeros que se van con la muerte, que se van con la muerte,  
caballeros de sus potros pujantes que consumen el suelo  
perdidos en el caudal desbordado de las coplas.  
Guitarra venida desde el amor de la madera  
con su vientre fecundo de notas temblorosas  
creídas en la memoria de los pueblos  
para el candor de sus sueños seculares.  
Ojito transparente  
donde se humedece el paisaje inmóvil  
está la ciudad que mira junto al río,  
que transita la trama de la vigilia humana  
desviada en el curso que marcan sus relojes.  
Si sus calles se vuelven despejadas de olvido  
se animan los fantasmas que animaron su historia.

### III

Estaba presentido en el día de las brumas,  
espeso y sordo,  
desdibujando sobre calles ahogadas,  
pegándose al contorno de plazas desteñidas.  
Penetraba más allá de los muros  
para abrazar a las personas y dejarles su aliento  
y tocar la piel de la ciudad abierta hacia el estruendo.  
Fue dejando sus huellas de pesados contornos  
que se fueron clavando en nuestras venas  
para calar la hiel de nuestra angustia.  
Primero vinieron los aviones a despertar la niebla  
y levantaron los ecos del silencio.  
Corrió la sangre desahogada como río encendido  
hasta estrujar el suelo con sus fibras  
y cuajar en la muerte.  
Pero luego, nada.  
El poniente se fue desvaneciendo hacia las sombras  
invertido en los fuegos que se encienden ,  
cargado del ruido de clamores rasgados.  
Entonces cayó un minuto largo sobre las casas azoradas  
para aplastarlas en su hueco desierto  
y abandonarlas en un instante sigiloso.

#### IV

En esta página,  
puede que algo de canto derramado,  
quién sabe de territorio gris de la conciencia,  
de confuso fragor de pastos redimidos.  
En esta página,  
todo parece nuevamente.  
Atrás se cierra un ciclo trencado de futuros  
con sus mártires rotos que se fueron presentes  
desde los rostros líquidos y sus cuerpos raices,  
con sus nombres perdidos en sucesos lejanos,  
cada uno sumido lentamente  
en las fronteras de nuestras sensaciones.  
Ahora está la vida reclamando sus formas  
por su humor poderoso  
cubriendo los lugares que quedaron vacíos  
de su vaño fecundo.  
Entonces amanecen las horas conquistadas,  
queridas al calor de afanes permanentes.  
A veces un amargo sabor en nuestros labios  
alerta continuo de días perimidos  
cuando avanza el insomnio nuestros ojos.  
Nos hemos quedado desgarrados por dentro.  
Hoy se debe mirar hacia adelante.

## V

Mortero  
el maíz que cae de las manos  
hasta la hondura umbra  
abierta por la sombra de un filo.  
Mortero,  
madera con peso de distancias.  
Una vez el pasado se acomodó por dentro  
para palpar el frío de los siglos  
y se fué quedando plagado a la corteza  
agudo y permanente.  
La masa baja para aplastar el grano  
que se convierte en rama.  
El hombre cantó el sabor de su fermento.  
Los golpes se hunden en pausas prolongadas  
en el período de las ausencias lentas.  
Mortero  
luego la historia se marcha de puntillas.

## VI

Un pie primero, luego el otro,  
el cuerpo enajenado por el vértigo,  
los brazos hacia arriba o hacia abajo  
que van girando por breves molinets.  
Un pie primero, luego el otro.

La voz que dice su destino de pájaro  
es develada gracia de la sangre que arde  
y el ritmo que crece de sus piernas  
se va pegando a las caderas  
y ríe por los ojos.

Viajera aparecida desde alguna parte  
que vive en un delirio de rumbos cardinales;  
niña transida por el sexo inocente,  
alguna vez bailando en las picadas  
suele acogerla por sus senos la selva omnipotente.

Arriba está la noche para quemar sus cirios  
en un llanto mudo quebrado en el vacío  
mientras el frío hierve la nostalgia del sueño.

Un grito que abre las paredes del aire  
clava su agonía por los troncos gigantes.

Hay un claro teñido por el horror sagrado  
del sacrificio de la presa inmolada.

Luego la laga roja que disuelve su brillo  
en un tenue espejo de cenizas marchitas.

El vacío se dilata siguiendo al eco  
cuando la escena permanece después del alba.



## VII

Nosotros,  
con nuestras culpas y nuestras zozobras,  
con el deseo que arde en nuestra carne,  
con nuestras plegarias y nuestras alegrías  
y nuestras esperanzas.  
Nosotros,  
que trajinamos mundo arriba  
con una medida convicción de ser hombres  
y que sentimos la doliente sensación de ser tierra.  
Nosotros,  
los que sentimos la ansiedad del destino  
y que buscamos a Dios en los altares  
y en el interior de nuestras almas.  
Somos los que amamos el profundo sonar de las campanas,  
los que nos proyectamos hacia la eternidad en nuestro verbo  
y escuchamos la lejana presencia de los astros.  
Pero a veces nos sentimos íntimos y extraños,  
como densos y opacos,  
y nos vamos perdiendo poco a poco,  
disgregados en el paso de los años que olvidan,  
y seguimos naciendo lentamente  
en el retorcido de nuestra vieja primavera.

## VIII

Porque quiero saber a dónde sigues  
venido desde un lugar indefinido  
peso que mide la densidad del polvo  
con la imagen a cuentas semejante a uno mismo.  
Cuál es tu Dios o tu ventura,  
cómo te muerte cuando te vas muriendo  
en el espeso palpitar de la sangre.  
Caen una a una las gotas de agua  
socavando la compacta dureza de la piedra  
o las hojas marchitas llevadas en el aire  
lento oyo derramado desde unos gajos sueltos.  
Rostro marcado sobre la gleba virgen,  
si alguna vez pasaste andando a tientas  
como navío que boga a la deriva.  
Hasta que encuentres el dolor que alumbra.  
Entonces saldrá el grito cegado en la garganta  
para que lo encuentren las manos y los pájaros.

EDUARDO M. COELHO.

